

¿HA CAMBIADO LA CONVIVENCIA EN EL BARRIO?

Aproximación narrativa de un sujeto popular que ha optado por el barrio



THE VELVET ROCKET

“

Este breve ensayo es una reflexión en clave narrativa desde la perspectiva biográfica. El autor, de 54 años de edad, nacido y criado en zonas populares, ha optado como religioso por vivir su vida en barrios del país. Se trata de una observación participante. Desde esta perspectiva se pretende hacer una aproximación de la vida del barrio teniendo como telón de fondo la pregunta: ¿Qué ha cambiado en la convivencia en el barrio? Y, como clave, la relacionalidad

Alfredo Infante, s.j.

Director de la revista *SIC*.

D

Después del derrocamiento de la dictadura militar en 1958, con el inicio de la democracia nacida de la concertación de élite en el Pacto de Punto Fijo, las grandes ciudades del país experimentaron un crecimiento demográfico sin precedentes en la historia. Este fenómeno no solo profundizó el tránsito, que venía ocurriendo, de una Venezuela rural a una urbana, sino que en dicho proceso se fue configurando como acontecimiento una novedad socio cultural importante: el barrio.

En las entrañas de este nuevo espacio relacional y de convivencia fue emergiendo un nuevo sujeto cultural, abierto, dinámico y plural que es el habitante del barrio. Se trata en gran parte de migrantes campesinos que entran en relación con la gran ciudad con el fin de encontrar una mejor calidad de vida y acceder a los bienes civilizatorios de la modernidad y, en dicho esfuerzo autoproducen su propio ámbito de convivencia.

Desde el punto de vista cultural el barrio no es el campo, ni la ciudad, es de suyo una novedad creada por la interrelación de una pluralidad que se encuentra, se intercambia y se configura como nuevo sujeto cultural. Por ejemplo, en Maracaibo, la gente de los barrios cuando iba a la ciudad a trabajar o hacer sus diligencias solía decir “voy a Maracaibo”, formulando con el lenguaje una distinción de ámbito y afirmando una alteridad respecto a la ciudad; el sujeto del barrio establece una relación recíproca y al mismo tiempo diferenciada con la urbe.

Matizando la diversidad intrínseca del barrio, no se trata solo de migrantes internos; recordemos también que para entonces, el país se convierte en importante receptor de inmigrantes latinoamericanos regulares e irregulares que se asientan en los suburbios de las grandes urbes. Esta diversidad y pluralidad converge generando importantes procesos de interculturalidad entre inmigrantes internos de distintas procedencias e inmigrantes latinoamericanos. Estas interrelaciones van dando como resultado un nuevo sujeto cultural.

En ciudades como Maracaibo estos procesos de simbiosis cultural e integración fueron muy fluidos, salvo excepciones

donde hubo guetos, resultado de la discriminación de carácter racial o xenofóbica por parte de las políticas de Estado.

La cotidianidad es el tiempo privilegiado donde fluye y confluye el mestizaje cultural, siempre abierto y dinámico, que configura al sujeto del barrio. Los fundadores asumieron el barrio como su casa grande y, por ello, se fueron intercambiando desde lo mejor de sí para hacer de este un espacio donde aconteciera la vida digna.

Por ejemplo, la señora Fanny Silvera llegó de Barranquilla con primaria aprobada y un curso de enfermería. Al llegar al barrio y ver que los niños no tenían lugar donde estudiar montó una escuela en el patio de su casa, la escuela se hizo famosa porque se aprendía de verdad, además su casa estaba siempre llena de muchachos y también enseñaba a rezar y organizaba fiestas religiosas al margen de la institución eclesiástica. Este espacio cotidiano hizo las veces de escuela, iglesia y parque de recreación. Este tipo de narrativas eran muy comunes en la fundación del barrio.

En este período histórico al que hacemos referencia ocurre un despliegue en las expectativas de vida y de desarrollo humano en nuestro país. Los gobiernos de turno profundizaron las políticas institucionales que garantizarían las condiciones objetivas para la universalización de la educación, la salud, el pleno empleo y un mayor acceso a los servicios públicos entre otros avances.

Los fundadores de los barrios, distribuían los espacios pensando en el terreno para la escuela, el béisbol, la iglesia y el centro de salud. Luego se organizaban para conquistar los servicios; eran procesos largos de luchas que concluían en diálogo con las instituciones del Estado.

Las expectativas de superación tanto personal como colectiva estaban a cielo abierto, sin techo. En este escenario cualquier familia del barrio tenía la autoconciencia de que con esfuerzo, trabajo y disciplina sus hijos podían ser profesionales y gozar de una mejor calidad de vida. *Estudie mijo para que sea alguien en la vida o la mayor herencia que puedo dejarle a mis hijos son los estudios*, eran las consignas más repetidas por los padres de familia.



El desarrollo de poderes locales elegidos directamente por los ciudadanos abrió un camino de participación política y acceso real a las políticas públicas que incidió progresivamente en la mejora de la calidad de vida de estas zonas, allí donde se implementó cabalmente.

Estemos o no de acuerdo con dichos enunciados, los mismos denotan una determinada percepción de la realidad en la cual el estudio era un vehículo privilegiado que garantizaba estabilidad y ascenso social, dicho de otro modo, la movilidad académica garantizaba superación social y económica.

Desde el punto de vista físico, un indicador simbólico de este dinamismo productivo era la manera tan rápida como se iba construyendo el barrio. En el barrio Bolívar de Maracaibo, por ejemplo, se pasaba del rancho de lata al de madera y del de madera al de bloques; la casa de bloque y cemento se percibía como una apropiación de la modernidad, era la aspiración de cualquier familia del barrio.

Ahora bien, lo más importante era que se iba entretejiendo un proceso de emprendimiento personal y colectivo que densificaba la subjetividad del habitante del barrio como creador cultural, por ejemplo, la casa se soñaba, se planeaba, se construía familiar y comunitariamente. Construir la casa suponía imaginar un proyecto que implicaba para el grupo familiar un importante ejercicio de consulta, participación, inversión, sacrificio y apropiación, y a nivel comunitario un proceso de solidaridad vecinal y cohesión social debido a que se construía los fines de semana con el aporte de los vecinos y en un ambiente celebrativo.

La construcción era autónoma y, en gran medida autogestionada, no estaba en el imaginario colectivo que el gobierno o el Estado regalara la casa. De hecho, quien participaba en las políticas habitacionales del Estado era consciente que debía comprar y pagar en cómodas cuotas el inmueble, y cuando se concluía el pago se celebraba con fiesta como un gran logro familiar.

La oferta habitacional del Estado, aunque notable, en sus distintas administraciones durante el período en cuestión, siempre estuvo por debajo de la demanda real dada la explosión demográfica; hecho que poco a poco fue aprovechado por las maquinarias de los partidos políticos del estatus (AD-Copei) como mecanismo clientelar, de modo que quien tenía un carnet del partido gozaba de suyo de una mayor facilidad para acceder a dichas políticas.

Esta tendencia clientelar se fue poco a poco profundizando al punto que los partidos intervinieron distorsionando muchos procesos de autoconstrucción, entregando a sus militantes o simpati-

zantes láminas y bloques a cambio de voto y fidelidad. En este sentido, el modo de relación clientelar de los partidos políticos con el habitante del barrio, ha sido siempre una amenaza real que ha afectado la relacionalidad más genuina de este, sin que por ello la haya anulado pues la cotidianidad posee una serie de dimensiones que escapan de los tentáculos de los partidos.

Pese a que el país por la bonanza petrolera y el acuerdo de gobernabilidad estaba viviendo un proceso de fortalecimiento institucional y ampliando el alcance y cobertura de los principales servicios públicos, los habitantes de los barrios se organizaban para luchar y conquistar el derecho al acceso de tales servicios (electricidad, transporte público, agua potable, sistema de cloacas, telefonía, asfaltado, escuelas, recreación, centros de salud, entre otros) y vivir en condiciones más dignas.

Cualquier servicio público en los barrios ha sido, por lo regular, el resultado de procesos organizativos y reivindicativos. En esta lucha siempre estuvo en juego la autonomía de la organización popular, pues, desde los gobiernos de turno se procuraba coaptar estos esfuerzos a través de los comités de base de los partidos políticos.

Fue muy clave en la consolidación de la organización popular autónoma el aporte de las religiosas y religiosos insertos en medios populares, quienes a la luz del Concilio Vaticano II (1963-1965) y de las opciones de la Conferencia de Medellín (1969) y Puebla (1979), asumieron la misión de vivir en el barrio y acompañar a las comunidades cristianas de base y los procesos autónomos de organización popular.

En este período fundacional, la organización popular barrial acompañada por la Iglesia, no estaba solo abocada a reivindicar derechos ante las instituciones del Estado, sino que fueron produciendo sus propuestas alternativas y solidarias para crear mejores condiciones de vida como cooperativas de ahorro y crédito, de consumo, grupos culturales y deportivos, construcción de centros educativos, periódicos populares, etcétera.

Pero más valioso aún, eran los espacios naturales y cotidianos de encuentros y convivencia como las fiestas, los velorios, las esquinas, las calles y las bodegas. El barrio no solo era un lugar de habitación, era un lugar para la convivencia. Una convivencia que no era tra-



Hago mención aquí al *Caracazo* como hito, porque sin duda alguna, en este hecho se reveló una gran herida entre el barrio y la ciudad. La respuesta del Estado fue la de arremeter contra los habitantes de los barrios y sectores populares como si estos fuesen el peor enemigo y la gran amenaza pública para la nación.

dicional campesina, ni moderna urbana, es una novedad, un mestizaje.

LA EXCLUSIÓN DE LOS BARRIOS Y EL CARACAZO COMO HITO (1980-1989)

Resultado de las políticas del primer mandato de Carlos Andrés Pérez, en la década de los años ochenta se experimentó un quiebre importante en la economía del país cuyo hito fue el anuncio económico del 18 de febrero de 1983 conocido como el famoso *Viernes Negro*; el bolívar comenzó su proceso de devaluación y el Estado implementó el control de cambio como medida para evitar la fuga de capitales.

Los precios del petróleo comenzaron a caer en el mercado internacional. El desempleo se agudizó como fenómeno social en el barrio y el salario de los trabajadores perdió su poder adquisitivo generando y profundizando el empobrecimiento.

Los barrios fueron perdiendo una característica dominante hasta ahora: la de ser "barrio obrero". Se inició un proceso de deterioro de la institucionalidad pública y una clara desinversión social que afectó sustantivamente la vida en estas zonas en el campo de los servicios públicos, especialmente salud, educación, agua potable, recolección de basura.

Con la aparición del plástico y el deterioro de los servicios de recolección aparece la basura como factor contaminante que deteriora la convivencia y reduce los espacios. En el inconsciente colectivo comenzó una tendencia a la reducción de las expectativas de movilidad social y se percibió una recesión en la economía familiar que limitó la inversión en infraestructura doméstica y redujo el acceso de muchos a la canasta básica.

El robo, la violencia y el microtráfico comenzaron a afectar de manera visible los espacios de convivencia en el barrio, fragmentándose su geografía por los conflictos entre bandas por el mercado de la droga. Una minoría violenta comenzó a imponer su agenda a la mayoría decente y trabajadora.

La organización popular, especialmente la vinculada a los procesos eclesiales, se convirtió en actor clave para la mediación y pacificación del barrio. El desafío de la convivencia pacífica y la recuperación de espacios públicos se priorizó en las agendas de los grupos y organizaciones autónomas del barrio.

Este proceso de franco deterioro económico y exclusión social tuvo su trágico desenlace en 1989 en el llamado *Caracazo*, estallido social cuyo detonante fueron las medidas económicas implementadas por Carlos Andrés Pérez en su segundo gobierno que, entre otras cosas, pretendía sanear al Estado del peso clientelar de las maquinarias partidistas y reactivar la economía. Aunque dichas medidas buscaban adecentar la economía, el modo como se implementaron fue drástico e impopular.

Hago mención aquí al *Caracazo* como hito, porque sin duda alguna, en este hecho se reveló una gran herida entre el barrio y la ciudad. La respuesta del Estado fue la de arremeter contra los habitantes de los barrios y sectores populares como si estos fuesen el peor enemigo y la gran amenaza pública para la nación.

Este hecho sigue estando en el inconsciente colectivo del habitante del barrio como una sombra y un resentimiento que amerita ser sanado y, de igual modo, acrecentó los miedos del habitante de la ciudad en su relación con el barrio. De allí la importancia de que personas, grupos, organizaciones y empresas que no son de origen popular opten por el barrio y trabajen solidariamente en alianza con sus habitantes en los procesos de rehabilitación y fortalecimiento del tejido social desde una relación de reciprocidad y reconocimiento mutuo.

LA REFORMA DEL ESTADO (COPRE) UNA OPORTUNIDAD PARA LA INCLUSIÓN DEL BARRIO (1988-1998)

Pese a que el proceso de deterioro macro económico con gran impacto en la inversión social se profundizó en este período, en el ámbito político, con

Pero más valioso aún, eran los espacios naturales y cotidianos de encuentros y convivencia como las fiestas, los velorios, las esquinas, las calles y las bodegas. El barrio no solo era un lugar de habitación, era un lugar para la convivencia. Una convivencia que no era tradicional campesina, ni moderna urbana, es una novedad, un mestizaje.

mucha resistencia de las maquinarias de los partidos del estatus, se inició una reforma emblemática sin precedentes en la historia: el paso del centralismo a la progresiva descentralización contemplada en la Reforma del Estado (Copre).

Esta fue una gran noticia para los barrios, especialmente para los sectores organizados. El desarrollo de poderes locales elegidos directamente por los ciudadanos abrió un camino de participación política y acceso real a las políticas públicas que incidió progresivamente en la mejora de la calidad de vida de estas zonas, allí donde se implementó cabalmente.

Gobiernos emblemáticos como los de Andrés Velásquez, en el estado Bolívar, y Clemente Escoto, en la alcaldía de Caroní en Ciudad Guayana, impactaron positivamente por su relación con las bases y la manera participativa de gestionar los recursos invirtiendo en educación, salud, vialidad, recreación, aportando cualitativamente en el mejoramiento de la calidad de vida de los barrios. También, Enrique Mendoza en la alcaldía de Petare, entre otros.

Estos gobiernos locales se desmarcaron de la politiquería y se dedicaron a gestionar los problemas de la gente, especialmente la de los barrios. La descentralización ha sido, desde la perspectiva del barrio, la verdadera revolución política porque si en la centralización el gobernador o alcalde rendía cuentas al poder central, ahora tenía que dar cuentas a la ciudad y a los barrios.

En este período, sin embargo, desde la Iglesia católica comenzó a debilitarse la presencia de religiosos y religiosas insertos en los medios populares. Tres variables visibles influyen: la disminución de fuerzas por la vía de la enfermedad y el envejecimiento; la falta de vocaciones y disminución numérica de las congregaciones y, por último, la vida religiosa se retiraba de la misión en medio del pueblo privilegiando sus propias instituciones, justo en un período de desinversión social por parte del Estado. Estos factores contribuyeron a profundizar un sentido de orfandad y de exclusión.

LOS BARRIOS Y EL SOCIALISMO DEL SIGLO XXI

El ciclo que comenzó con el Pacto de Punto Fijo e inauguró un período de cuarenta años de democracia, estaba agotado, y las maquinarias de los partidos se resistían a ver la realidad.

Cuando surge el fenómeno mesiánico “Chávez”, catapultado entre otros, por los medios de comunicación, el país aspiraba un cambio político. Los habitantes de los barrios venían de vivir veinte años de exclusión social por lo que la figura de Chávez y su discurso generó un aumento en las expectativas de las mayorías. Este período coincidirá con un aumento de los precios del petróleo que apalancará al líder en el imaginario popular como “redentor de los pobres”. Carisma, petrodolares y gasto público desordenado generaron una ficción de inclusión y superación de la pobreza.

La relación personal del líder con las bases y los programas de las misiones crearon una burbuja transitoria en la lucha contra la pobreza, no estructural, “pan para hoy hambre para mañana”. Detrás de esta burbuja se armaba el entramado jurídico y político de un proyecto totalitario que se fue imponiendo.

A través de las misiones de la salud, la educación, la recreación, la atención a los abuelos, se generó en el habitante del barrio un sentido de reconocimiento en medio de la orfandad que se padecía, esto sirvió para legitimar el proyecto totalitario.

Después de dieciocho años, los resultados de este período son evidentes, nunca antes las condiciones del barrio habían llegado a niveles tan pésimos. La gente repite la frase: *Éramos felices y no lo sabíamos*.

En este período los indicadores de violencia en los barrios han aumentado exponencialmente gracias a la desinstitucionalización de la justicia y la crónica impunidad; la polarización política ha afectado sustancialmente la convivencia por la ideologización; el clientelismo de los que en el barrio están conectados a la maquinaria del poder y la descarada discriminación de los que piensan distinto está profundizando los resentimientos; el quiebre de la productividad ha generado una economía de sobrevivencia jamás vivida; la basura, la falta de agua potable, las enfermedades y el hambre nos tienen en condiciones de emergencia humanitaria.

Pero, en medio de esta situación adversa, están naciendo iniciativas de solidaridad y creación alternativa de convivencia que anuncian una refundación de los espacios en los barrios para que de nuevo acontezca en ellos la vida digna.